

Federico Vite

1994

Igual que siempre: el golpe de una puerta; luego escucho el ruido seco de las botas que se alejan. Así entiendo que Roq se fue, parece Santa Claus, va y regresa en medio del misterio.

Otra vez salió en busca de imágenes. A la selva, como Mambrú me voy, dijo. No sé cómo le hace para conseguir cigarros allá. Fuma mucho.

Debe ser complicado buscar tabaco. Los dedos siempre están manchados de amarillo. Yo prefiero un vicio distinto: la tele. Allá tampoco hay televisores.

Roq piensa que debo escribir teatro; es bueno conmigo siempre y cuando no meta las narices en sus fotos ni en sus pláticas, mucho menos con sus mochilas, bastante pesadas. Da unos centavos a Lucinda para que venga por las tardes y limpie mi cuarto; deja comida, también cosas pequeñas para mi crecimiento: periódicos, revistas viejas.

—*Duda* es la mejor y T.V. *Guía*.

En la selva, alguna vez oía decir eso a Roq, la gente tiene naves raras. Escuchan motores en el cielo, aquellos aparatos de vuelo deben hacer ruidos, como los pájaros. Silbidos, pero metálicos.

Veo las noticias esperando algo interesante para meterlo en mi obra, aunque lo mejor son los programas de concursos donde la gente responde preguntitas de la vida de los artistas y listo, ganas dinero.

Una vez, Lucinda me llevó a recoger unos boletos para el circo Atayde a un canal de tele; vi al presidente, es bajito, parece un ratón. Pero uno muy importante, con muchos, pero muchos policías tras él. Cuando volví a casa, Roq estaba enojado; le di un boleto para ver si se calmaba un poco, pero no. Imaginé al doble maligno de Bart Simpson con sus cadenas y grilletes en el sótano. Sí, eso parecía mejor en mi cabeza, Roq era ese doble maligno. Yo, el Bart travieso, bueno.

Poco a poco fui notando el amor de mi hermano por los extraterrestres. Digo, por lo menos Roq hablaba mucho de ellos, de extraños que venían, vienen y están. A mí nunca me dijo nada, oía de vez en cuando que hablaba por teléfono de personas así, lejanas y amistosas, fuertes. En su cuarto tiene fotos en la pared. Hay una; no sé si el hombre sonríe o está por enojarse, pero se ve contento y preocupado al mismo tiempo. Me cae bien, eso sí. Es Cristo con boina.

Me gusta platicar con Roq, más cuando está borracho; la última vez bebió ron. Oímos canciones en su cuarto. Me dijo:

—Debes pensar qué hacer cuando yo no esté. No te confíes de mí.

—Pero vendrás, ¿no?

—No, Rulo, me puedo morir en cualquier momento, ¿qué va a pasar contigo?

—Ver tele, eso me gusta.

—¡No! Hay otras cosas. No porque no puedas caminar vas a estar pegado a eso todo el tiempo —señaló la tele—. Hay libros, natación, basquetbol. No sé. Piensa, por favor, por favor, por favor, por favor.

Revisó su librero; luego puso una especie de enciclopedia en mis piernas. *Los miserables*, me lo dio como si el montón de hojas fuera un bebé. Eché un ojo, noches después, y me dio mucha curiosidad eso de luchar, pero más de tener amigos que te acompañan en muchas cosas feas. Sobre todo, me gustaron las armas.

En navidad, Lucinda vino con su novio y me mandaron a dormir temprano. Me dio permiso de tomar sidra y pues me alegré. La noche, a mi gusto, estaba muy quieta, como si algo grande estuviera escondiéndose ahí, en ella. En la tele hablaban del nuevo mundo, de todo lo bueno que le esperaba a México. No entendí nada, vi muchos programas especiales: entrevistas con señores de lentes gruesos y ropa elegante hablando mucho de cosas adultas.

Empecé a considerar importante mi obra. Inicié unos diálogos con las frases que oía de la tele:

—México es un país progresando.

—No hay duda, estamos por el camino del auge económico.

—¿Una paradoja, maestra? Sí, Bart. Bueno: malo si lo haces; malo si no lo haces.

A mí se me ocurrió la idea de hacer un personaje, muy parecido a Roq, con ojos grandes, que venía de un planeta extraño. Y contestaba con firmeza:

—¡No, no!

—¿Por qué, señor extraterrestre, no cree en nuestro país?

—Porque nadie me ha preguntado qué quiero y cómo voy a progresar.

—Señor extraterrestre, ponga más atención. Será feliz en su navecita.

Abandoné la obra por unos días. La tele absorbe, cómo no, tanto programa especial de año nuevo. Mi cumpleaños cae el primero de enero. Me gustaría algo grande, no una silla de ruedas nueva, no. Me gustaría una colección gigante de *Duda*. Una navecita de baterías. Una tele nueva para entender mejor las caricaturas y acabar mi obra de teatro. Cumpliré trece añotes. Seré grande, tal vez hasta podría ir solo al circo. Y en la tele pasan concursos, historias de futbolistas, de boxeadores mexicanos, pero más de actores bonitos, musculosos que extrañan a su familia. Todos lloran en la pantalla.



Llegó. El día de mi cumpleaños llegó. He visto desde la mañana la tele. Ni Lucinda, ni su novio, ni Roq me han dado un regalo, pero en la pantalla veo a varios soldados con armas y banderas. En el idioma universal de los noticiarios eso significa tormenta, supongo. Algo anda mal. Yo pensé en los *Simpson*, cuando Homero vuelve a la Universidad y grita: ¡Vamos a hacer bullicio!

Mi obra de teatro comenzará con una guerra; la gente podrá verla por tele y el público debe ir en silla de ruedas. Claro.

Llegó el regalo.

—¿Cómo dice la carta? —preguntó Lucinda.

—Para Rulo.

—¡Pues agárrala!

Era un sobre precioso, lleno de estampitas y muchos garabatos. Blanco y alargado, con un gran lazo amarillo de plástico. Sentí que los encargados de la revista *Duda* me habían enviado un número especial. Hice todo lo posible por no romper la envoltura: encontré una foto. Roq, al frente, lleva su cámara. Atrás, muy arriba de la cabeza de un tipo con una máscara, está la nave; hay montañas. Abajo, en la tierra, la foto tiene una frase: *Te quiero, hermano, te quiero pero esto ya estaba planeado. Tendrás un mundo nuevo.*

Sentí que cuando Roq escribió esas letras miraba más arriba del cielo, de las montañas. Yo le puse mucha atención al OVNI, una especie de plato azulado, muy bien hecho, bello. Era un ojo, deduje. Y llegué a pensar que se trataba de Dios, una rendija por donde nos ve. Mi foto. Escribiré de vaqueros, máscaras y OVNIS.

Roq es como Santa Claus, manda regalos increíbles, viene y va en medio del misterio. LC

